



LA RITUALIDAD **MORTUORIA** **CHOCOANA:**

UNA ESTRUCTURA
COMÚN,
UN DESARROLLO
DIVERSO

Ana Gilma Ayala Santos

Pensar la ritualidad mortuoria chocoana lleva a hondas reflexiones, a afirmar que las comunidades en este departamento se conectan en torno a la muerte y que constituyen una unidad indisoluble, donde el espíritu mismo del difunto y de la gente permiten que estos lazos se mantengan. Las formas de organización de tipo social, religiosa y económica que surgen a su interior, son producto de las normas consuetudinarias de los ancestros, que se mantienen vigentes tanto en las áreas urbanas como en las rurales, aunque en estos sectores sean más arraigadas y de cumplimiento más estricto.

El compromiso que tienen las comunidades afrodescendientes en el chocó, cuando ocurre la muerte de uno de sus miembros, es producto de la fuerza espiritual que las rige, cualquiera de las formas de organizarse económicamente, pasando de: junta pro mortuoria de la comunidad, pro mortuoria familiar, hermandad, jefe de recaudo, el puesto, aportes voluntarios o dádivas, dejan ver que estas relaciones sociales y comunitarias se mantienen más allá de la muerte; esto produce que no dejen solos a los deudos ni con su pérdida ni en los gastos económicos que deben afrontar, el muerto también le corresponde a la comunidad y este hecho se constituye en una gran esperanza para cada persona o familia al momento futuro en que deban afrontar la muerte.

Este proceso tiene un impacto social: la solidaridad que sobrevive a las migraciones forzadas y voluntarias, a las epidemias, a las inundaciones, tiene un espíritu de permanencia en cada persona; después de ganarse un poco en la mina, en la cosecha, en la pesca, o en el trabajo cotidiano, recuerda que hay que dejar un tanto para la muerte. Este hecho tiene un valor agregado de espiritualidad que permite resistir y construir el duelo, y que a su vez se apoya en la conciencia comunitaria: ésta se convierte en el motor espiritual, que apunta a lograr el equilibrio social de la comunidad durante el proceso de la muerte, permitiendo dinámicas de ayuda mutua a través de una economía solidaria mortuoria. Sustentándonos en investigaciones y sobre todo en la realidad que se vive y comparte, podemos hacer algunas precisiones:

Las comunidades urbanas y rurales chocoanas *tienen el control de su ritualidad mortuoria, sin*

desconocer el acompañamiento de la institución católica en su oficio de los ritos.

Las recreaciones hechas en torno al ritual de la muerte han sido iniciativas de los esclavizados, en un proceso organizativo de resistencia, de huida y de circularidad, en el cual se entrañaron con ella, como la aceptación inicial de libertad.

Las matrices de permanencia de esta ritualidad mortuoria en el Chocó y en el resto del Pacífico colombiano, son: la integración y la solidaridad, apoyadas en elementos como: rezos, cantos y aportes que llevan más allá y demuestran la existencia de una espiritualidad de resistencia. Han sido las comunidades rurales las que le han dado el lugar que hoy ocupa entre los afrodescendientes chocoanos, ellos han resistido a las críticas que se generan entre aquellos que aún no se deciden a aceptar esta dinámica de nuestra cultura.

La ritualidad mortuoria rural chocoana ha cobrado vigencia en el área urbana; el desplazamiento forzado o voluntario la ha retroalimentado en funerarias y casas de familia. El hombre rural se integra espiritual y materialmente en torno a la muerte. La vergüenza étnica que generaba este ritual, se ha ido cambiando poco a poco, entre cultores, docentes, niños y jóvenes, y se le empieza a dar el verdadero valor espiritual que tiene dicho proceso, como elemento de cohesión humana y comunitaria.

La actividad mortuoria en el Chocó, altera la cotidianidad de sus habitantes, ningún familiar o amigo quiere ser indiferente a lo que su conciencia le exige en estos momentos, no se pueden sustraer; la indiferencia no ha logrado impactar al ritual de la muerte.

La supervivencia de los rituales mortuorios, tiene mucho que ver con la espiritualidad del Afrochocoano; sus oraciones y cantos se convierten en elementos sacros que han logrado pasar de generación en generación, logrando toda una construcción colectiva donde la muerte es un eje fundamental, pero que va más allá de lo puramente humano, porque posibilita la comunicación con otras dimensiones del ser.

Finalmente, esta resistencia, entendida como lo plantea Enrique Sábato como la fidelidad a las cosas en las que uno cree, tenernos fe y vencer el miedo, fidelidad a lo que sentimos, se convierte en la fuerza espiritual más grande que se genera en estas comunidades; con ella se ayudan a soportar las ausencias físicas, a mantener los lazos de unidad y la ratifican como el hilo conductor que mantiene vivas sus expectativas como pueblos, cuando sus integrantes van partiendo hacia otra dimensión.

Apenas en el siglo pasado, esta ritualidad mortuoria Afrochocoana y la estructura que ella conlleva, (rezos, cantos, ornato de tumbas de adultos y de niños) generaba entre la gente de la ciudad la llamada: “vergüenza étnica”; una especie de malestar y rechazo. Hoy, cuando los pocos que le han hecho resistencia a esta expresión de nuestra cultura y sobre todo los investigadores de otros lugares y el Ministerio de Cultura, han demostrado la importancia del tejido social que se construye a través de la muerte entre nuestras comunidades, alabaos y gualíes se cantan no sólo en el contexto de la muerte, sino en eventos especiales como: eucaristías inculturadas, planteles educativos y otros escenarios.

A continuación se exponen apartes de la estructura de estos ritos celebrados en torno a la muerte:

La agonía: entendida como el momento del desprendimiento del alma del difunto, durante el cual se genera la presencia de un conglomerado de familiares, de vecinos y de amigos.

La muerte: terminación de la vida terrena, momento en que “todos los afrochocoanos sabemos cómo actuar frente a ella, como colectivos, como comunidad, como cultura”. Existe un ritual para preparar el cuerpo cuando se muere en la casa o en el hospital, aunque los avances en este campo han reemplazado a las prácticas ancestrales del uso del borojó y la cal para el embalsamamiento.

El velorio: su duración depende de muchas razones, entre las que puede mencionarse la necesidad de esperar la llegada de un familiar que vive en lugar diferente al del escenario de la muerte.

El sepelio o entierro: es un recorrido multitudinario entre nosotros los afrodescendientes, una especie de procesión donde el difunto reemplaza al santo; se traduce en el acompañamiento hacia la morada final del cuerpo. De acuerdo al referente de vida del difunto, hay presencia de música y de otras expresiones.

El novenario: con sus diversificaciones de *noventa* –como se denomina y vive en las zonas rurales– y última, es un rito que mantiene el acompañamiento a los deudos o familiares durante nueve días en los dos contextos.

Ente las zonas urbana y rural se marcan unas diferencias en torno al ritual de la muerte, pero en esencia deja entrever toda nuestra espiritualidad y religiosidad en esencia africana especialmente en la zona rural, porque en la urbana impera la supervivencia española.

La ritualidad mortuoria rural ha permeado notablemente a los pueblos grandes del Chocó; salas de velación y casas de familia son escenarios del encuentro de nuestros campesinos quienes le dan rienda suelta a todo este rico acervo.

En el caso específico del *Alabao* como canto de resistencia, no se desarrolla en forma homogénea en los diferentes espacios donde se entona; sus letras y tonalidades varían aunque su nombre y su esencia sean los mismos.

También varía el arreglo de las tumbas, la colocación de los elementos como flores y velas; por ejemplo, el número de velas tiene significaciones diferentes, así como sus formas; en este mismo sentido el rezo de oraciones y letanías sufre transformaciones de acuerdo a la habilidad del rezandero.

No podemos olvidar la importancia del cementerio y su significado en los contextos: en el rural se visita poco y se limpia por acuerdos de la comunidad; en el urbano, es muy visitado, se limpia con esmero se le da un tratamiento como si fuera la casa del difunto, se convierte en una vecindad de dueños de tumbas quienes notan la ausencia de algún visitante y la suplen colocando flores al difunto vecino; este caso es muy particular en la ciudad de Quibdó.